

ABC

Teatro

Las rutinas del poder

INVERNADERO ★★★

Autor: Harold Pinter. **Versión:** Eduardo Mendoza. **Dirección:** Mario Gas. **Escenografía:** Juan Sanz y Miguel Ángel Coso. **Vestuario:** Antonio Belart. **Iluminación:** Juan Gómez-Cornejo. **Espacio sonoro:** Carlos Martos Wensell. **Intérpretes:** Gonzalo de Castro, Tristán Ulloa, Jorge Usón, Isabelle Stoffel, Carlos Martos, Javivi Gil Valle y Ricardo Moya. **Teatro de la Abadía. Madrid.**

JUAN IGNACIO GARCÍA GARZÓN

¿Qué pudo inducir a Harold Pinter a mantener en un cajón del escritorio «Invernadero» durante veintidós años? Algunos autores son así de raros; el caso es que escribió la pieza en 1958, un año antes que «El montaplatos», y esperó hasta 1980 para llevar él mismo a escena esta farsa negra en la que trenza la incertidumbre desamparada de Kafka y la ironía descarnada de Beckett. He encontrado referencias que señalan que el autor encontró inspiración para esta obra en la invasión soviética de Hungría en 1956. Y es plausible, porque, como hicieron los carros de comba-

te del Pacto de Varsovia en Budapest, hay en «Invernadero» un restablecimiento brutal del orden establecido para acabar con la frivolidad de la tolerancia y el reblandecimiento de la ortodoxia disciplinaria, aunque, claro, Pinter adoba su propuesta con cacillos de humor negro, un generoso chorretón de vitriolo y refrigerantes ráfagas de sinsentido.

La acción se desarrolla en un establecimiento clínico de naturaleza no definida: un sanatorio, un balneario, una prisión... Quienes están recluidos en él son calificados de pacientes y llamados por un número, no por un nombre; el director de la institución es un antiguo coronel. Un espacio simbólico en el que parece institucionalizada la rutina del horror: se realizan torturas, los pacientes mueren por causas no deter-

Estupenda versión
Un Pinter oscuro y sardónico
conducido al ritmo preciso
por Mario Gas, que modula
una estupenda versión

minadas y son sometidos a todo tipo de abusos. La muerte de un interno y el nacimiento del niño de una reclusa violada por alguien del personal son apenas una incidencia. Las fiestas navideñas añaden una nota de angustia absurda a la atmósfera de la casa, en la que los empleados maniobran para subir peldaños dentro de la jerarquía establecida.

Un Pinter oscuro y sardónico con el vértigo de una comedia de enredo conducido al ritmo preciso por Mario Gas, que modula muy bien una estupenda versión en la que Eduardo Mendoza enhebra lo grotesco y lo siniestro de un texto que pone en solfa los mecanismos de una burocracia concebida para preservar un orden quizás inamovible.

Juan Sanz y Miguel Ángel Coso ponen en pie una escenografía giratoria que aúna perfectamente lo oficinesco y lo carcelario, y está iluminada de forma soberbia por Gómez-Cornejo. Muy entonadas las interpretaciones, con un Tristán Ulloa sinuoso, perfecta encarnación del astuto burócrata, como aquel repeinado János Kádár al que los soviéticos pusieron al frente de Hungría, y un Gonzalo de Castro que, en el papel del coronel Roote, acierta en el empaque gestual aunque tal vez grite demasiado.